

La presencia ausente del norte de México

Marlon Martínez Vela*

¿Cuál ha sido la postura del país ante su frontera norte? ¿Le importará realmente? ¿Para qué sirve una frontera? ¿Es una división para no dejar entrar o no dejar salir? ¿Sólo eso? ¿Existe una vida fronteriza? Si así es, ¿cómo se desarrolla?

Y para arrojar alguna posible respuesta existe un ensayo muy interesante: "El septentrión mexicano entre el destino manifiesto y el imaginario territorial", de Enrique Rajchenberg y Catherine Héau-Lambert donde presentan un panorama de los problemas que se han generado en torno a la temática a lo largo de la historia, y cómo encajan conceptos como patria, nación, tradiciones, desde diferentes ángulos y las consecuencias de los mismos.

Como primer punto de discusión proponen los desencuentros entre las dos regiones, tanto el centro como el norte. Y aquí podemos observar que si el país se encuentra en peligro, es más fácil sacrificar al último porque quizá es menos mexicano que el resto y menos que el centro del país. Es decir, si existe un riesgo de que se fastidie algo pues que éste sea el norte.

Lo anterior es visible al revisar el imaginario nacional en el que no aparece por ninguna parte algún viso de la región norteña, de su cultura o algún rasgo característico de la región. No hay referencias en el Himno Nacional, ni en la iconografía mexicana; tampoco en la geografía nacional, ya que el norte es el territorio más nuevo dentro de la República Mexicana. El norte como tal, existe hasta que el sur estadounidense comienza a apoderarse de él.

Otro punto que manejan los autores es aquél sobre la representación del territorio, como si al momento de la definición del mismo, de la delimitación, estuviesen

haciendo perenne su existencia, como si siempre hubiese sido así. Tratando de crear la conciencia de que en realidad no se ha perdido más que lo inevitable, lo que sería vendido de alguna u otra forma por algún traidor de los cuales no faltan en nuestra historia.

Además mencionan que si el norte ha tenido alguna presencia, ésta ha sido a últimas fechas y debido a la narcocultura. La consideración de la frontera sur, desde Estados Unidos, es bien diferente porque en este caso, es considerada como defensora de lo estadounidense, como renovadora del espíritu norteamericano, como la exponente más pura ante el otro, ante los mexicanos y latinoamericanos.

Ahora, en la creación del universo simbólico, con la intención de legitimar la soberanía sobre el territorio, promueven una serie de elementos de lo mexicano. Sin embargo, el norte no se reconoce en ellos. Por otra parte, Rajchenberg y Héau-Lambert afirman que la expansión hacia el norte, desde el centro mexicano se realizó como en caminos, como veredas y no como una mancha, no como algo que fuera abarcando y permeando todo el territorio explorado en toda su extensión. Es decir, se avanzaba hacia el norte pero quedaban muchas zonas inexploradas y menos aún pobladas.

Cabe resaltar también que las percepciones generalizadas o las oficializadas son aquellas presentadas desde el centro del país, en las que destacan lo bárbaro, lo peligroso, lo sucio, lo incontenible, la plaga, lo incontrolable, lo que representaba el riesgo para la salud. En la región norteña imperaba un temor constante, un miedo que difícilmente podía vencerse, ya que o moría o moría. Más que vivir, en la

frontera la gente moría. Y esta percepción aún pervive hasta nuestros días: o matan a las mujeres en la frontera o mueren los hombres por el narcotráfico y los jóvenes por las pandillas, o todo junto.

Es contrastante cómo es tomada en cuenta esta región por ambos países: México y Estados Unidos. Por una parte, para Norteamérica, representa la frontera comercial más redituable y a pesar de ello busca mantenerla sobrevigilada. En tanto que para la República Mexicana, más allá del comercio, es algo que no debe de cuidar, con que se encarguen de ella los estadounidenses basta. No existe una real preocupación por toda la región. Es como si se tratara de la maleza, sola crece y se desarrolla sin la intervención de la mano humana.

Cuando Rajchenberg y Héau-Lambert escriben acerca del papel de la literatura y la prensa, podemos ver que era una que exaltaba al centro, a los indígenas de mesoamérica y únicamente a aquellos que ya habían muerto. A los indios nortños sólo los veían como bárbaros, ni siquiera pertenecían a la nación mexicana. Y eso sucede aún en nuestros días; en los noticieros o periódicos nacionales siempre que se hace referencia a los estados nortños, sólo existen si se habla de muerte, sangre y narcotráfico.

Porfirio Díaz es el primero en tomarlo en cuenta, en darle importancia económica; prácticamente, el norte nace con él. Es decir, si es la creación del dictador, del malvado general, nada bueno puede provenir de dicho engendro. El norte maldito desde su nacimiento, maldito hasta su fin. ¿Cuál de ellos? La región tuvo la desventura de haber sido tomada en cuenta por uno de los personajes satanizados de la historia nacional.

Porque claro, en los personajes de la Revolución Mexicana, en el imaginario colectivo están Pancho Villa —valiente y todo pero matón—; Pascual Orozco —dos veces traidor: protestante y levantado con Huerta—; los sonorenses —asesinos contra todos y entre ellos—. Prácticamente no aparecen un Abraham González, un

Adolfo de la Huerta, un Alfonso Reyes, es decir, grandes personajes políticos, pensadores, intelectuales con una gran visión del mundo.

Tampoco entra dentro del discurso nacional tradicional y oficial, un norte progresista, uno que no necesitó, que más bien a pesar de esa negligencia con que fue tratado desde el centro, aprovechó su posición geográfica y su cercanía con Estados Unidos. Esto lo vemos en la segunda mitad del siglo XIX nuevoleonés con las familias que le dieron una proyección económica impresionante a ese estado junto con su capital, Monterrey, y los polos comerciales que levantaron, como el de Torreón, con la familia Madero.

Las poderosas familias Terrazas y Creel crearon un emporio ganadero y además dominaban todo el estado chihuahuense. A pesar de las prácticas caciquiles de éstos, los empleados de sus haciendas vivían una realidad bien contrastante con las de los estados sureños como Morelos, y sus consecuencias manifestadas en la rebelión zapatista, por mencionar alguna. Aunque claro, no se puede olvidar que, como en el caso de Tomóchic, los abusos de la autoridad eran algo que no se presentaba de manera exclusiva en algún punto de la República Mexicana, sino en todo el país.

El norte pues, ha sido tomado en cuenta de una forma desvalorizada, como la región de los vicios y la muerte, de lo demoniaco y de lo prescindible. La región donde se traiciona lo mexicano, donde la misma atmósfera corrompe el espíritu y lo lleva a la barbarie, a la incivilización. El centralismo está aún muy presente en la percepción nacional sobre el país. Existe mucho centro y poca periferia. Los extremos desaparecen en la ignominia. Este ensayo es una invitación a teorizar e investigar más sobre el septentrión, a desmitificar la antigua mesoamérica. Necesitamos reconceptualizar y revalorizar nuestro cúmulo cultural mexicano.